



LA HISTORIA EN RUINAS. Soldados del Tercer Batallón del Séptimo Regimiento de infantería rebuscan entre los escombros de uno de los palacios de Sadam destruido por los

Las tropas de EE UU llegan al corazón de Bagdad en una exhibición de fuerza

El Ejército estadounidense libra su más espectacular batalla frente a los hoteles en los que se aloja la prensa

ALBERTO SOTILLO
ENVIADO ESPECIAL
Bagdad



Las tropas norteamericanas hicieron ayer un demolidor avance hasta el corazón mismo de Bagdad, acompañado de una exhibición de fuerza en la que se apoderaron del Palacio del Gobierno y destruyeron la mayoría de las defensas iraquíes situadas en la zona suroccidental del río Tigris. El ataque comenzó a las siete de la mañana y, tras su arrollador avance puede decirse que las fuerzas estadounidenses tienen ya un pie en el barrio de los ministerios y de los principales palacios de Sadam. Aunque las tropas norteamericanas aún no pretendieran tomar la capital, después retrocedieron como en anteriores operaciones de castigo, tras el ataque, las fuerzas iraquíes que intentaban mantener sus posiciones a la altura del Ministerio de Información se veían medio desarboladas, apenas armadas con fusiles o lanzagranadas, en visible estado de precariedad.

Como a propósito para darle más publicidad, la principal batalla se desarrolló frente a los hote-

les Sheraton y Palestina, donde se aloja la Prensa internacional en Bagdad. De forma que desde nuestros balcones con vistas al Tigris, seguimos los combates con la sensación de irrealidad de quien cree que sólo asiste al pase de una película y no a la muerte en directo.

Después de algo más de una hora durante la que los iraquíes

intentaron detener en vano el avance, las tropas norteamericanas comenzaron a disparar fuego a raudales desde el antiguo zoológico y un cercano grupo de tupidos árboles. Un certero proyectil incendió uno de los edificios del Palacio del Gobierno. Llegaron como refuerzo un par de pequeños carros de combate enemigos, pero enseguida uno de

ellos quedó fulminado, primero cubierto de llamas, después carbonizado. Cuando comenzó a arrear el fuego, los soldados iraquíes abandonaron las piezas de artillería y ametralladoras pesadas. Y se retiraron al amparo del talud del río, algunos con el agua hasta las rodillas. No se rindieron ni corrieron en desbandada; sólo escaparon de aquel infierno a paso ligero.

Si llegan a esperar cinco minutos más, allí habrían muerto todos. El fuego norteamericano machacó sistemáticamente las posiciones iraquíes, que fueron abrasadas una a una. La superioridad

tecnológica de la superpotencia era palmaria. Pero las tropas iraquíes aguantaron con increíble entereza, pese a que apenas contaban con más refugio que los agujeros que habían cavado en tierra. Un drama cuando uno piensa que algunos de aquellos soldados eran muchachos de poco más de veinte años que jamás habían oído hablar una palabra de política en su vida.

Hoguera dantesca

Una vez machacadas las defensas, los proyectiles norteamericanos acertaron con dos polvorines que ardieron como fallas. Durante horas estuvieron lanzando cohetes; después avivaron una dantesca hoguera y, por último, levantaron una densa humareda que iba ocultando una a una las casas de la ribera hasta sumir toda la zona en una tinieblas que acabaron fundiéndose con la calima del desierto que se cernía ayer sobre la ciudad, que quedó así cubierta con una horrible tapadera de humo y hollín. Un perro callejero había seguido la batalla ensimismado, casi como un reportero: dicen que en todos los acontecimientos históricos siempre aparece un perro como testigo.

El avance de las tropas norteamericanas puede ser relativamente sencillo por la margen occidental del río, ya que ésta es una zona despejada y formada con grandes avenidas en las que se alzan los colosales palacios de Sadam y edificios del Gobierno. Pero, hasta el momento, están evi-



Vista interior de los cuartos de baño de uno de los palacios del presidente iraquí en Basora tomados por las tropas británicas. Entre los materiales usados, destacan el mármol y el oro. Como muestra, el detalle de un jabonero que aún conserva la etiqueta, en la que se lee «Baño de oro de 24 kilates». / EPA

